

Esta interpretación se basa en la noción de que Maquiavelo edifica una ética política, es decir, que se pregunta qué es obrar bien en política. La paradoja que plantea esta ética política de Maquiavelo es que el obrar bien en política contempla o incluye la posibilidad de tener que hacer el mal, en casos límite y siempre que esté al servicio de salvar el bien de la comunidad política.

Así, el elemento distintivo de la ética política de Maquiavelo es que en ella el mal queda justificado, si bien sólo en determinadas circunstancias. Lo decisivo es saber qué es lo que, entre los rasgos de la ética política de Maquiavelo, determina en última instancia que el mal se justifique. La de Maquiavelo es una ética cuyos rasgos distintivos son: búsqueda del bien común, terrenalidad de los fines, relación paradójica entre el bien y el mal.

Entre esos rasgos, el clave y último es que el bien puede surgir del mal y que el mal puede surgir del bien. Es a lo que Weber llamará «irracionalidad ética del mundo»⁶, noción que contradice la ética clásica occidental, según la cual el bien siempre produce el bien, y el mal no puede sino generar otro mal. Maquiavelo llega a la conclusión, leyendo historia y observando el presente político que le toca vivir⁷ de que la estructura ética del mundo es irracional.

corriente. Ensayos sobre historia de las ideas, *Madrid, FCE, 1992, 85-143*), Sheldon Wolin («Maquiavelo: actividad política y economía de la violencia», en *Política y perspectiva, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, 210-256*), Quentin Skinner, (Maquiavelo, *Madrid, Alianza, 1991*).

⁶ Weber, Max: «La política como profesión», en *La ciencia como profesión. La política como profesión, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pp. 93-164, esp. pp. 155-164*.

⁷ En efecto, Maquiavelo constata esta relación paradójica entre bien y mal en varios ejemplos históricos. Según la leyenda de la fundación de Roma, Rómulo mata a su hermano para poder organizar la ciudad y contribuir al bien común. Condena su alma pero salva a la ciudad. Un mal (el asesinato) lleva a un bien (bien común) (Discursos sobre la primera década de Tito Livio, *Madrid, Alianza, 1996, I, cap. 9, pp. 56-59*). En otra parte de ese texto, al describir los dos tipos de guerra existentes, Maquiavelo afirma que cuando un pueblo tiene que abandonar su territorio por hambre o por guerra, se ve en la necesidad de buscar otro, para lo cual debe expulsar a los habitantes de la zona conquistada. La guerra que se produce, afirma Maquiavelo, es «sumamente cruel y pavorosa», pero lleva al bien de esa comunidad política, pues le permite recrear su vida libre y autónoma (Idem, p. 203). Del mismo modo que lo malo puede traer lo bueno, lo bueno puede llevar a lo malo: así, la paciencia de un Estado puede generar la arrogancia de otro Estado, como ocurrió con los romanos en relación a los latinos (Idem, II, cap. 14). Maquiavelo describe ese episodio histórico en un capítulo que titula «Los hombres se engañan muchas veces creyendo vencer a la soberbia con la humildad». En ese título, Maquiavelo está separando hechos y valores. La humildad no necesariamente va a triunfar sobre la soberbia por el mero hecho de que una es buena y la otra, mala. Es más, dado que eso es así, los que profesan inicialmente la humildad pueden verse en la necesidad de combatir a la soberbia de sus agresores con más soberbia, o con la fuerza, o con otros instrumentos malos, a fin de preservar la autonomía de su comunidad política. Lo que decide cómo se resuelve una disputa no es el signo positivo o negativo de los valores que se ponen en juego, sino el hecho desnudo que se lleva a cabo. Esto no obsta para que ese hecho sea regulado por los valores, es decir, que no se haga cualquier cosa con tal de imponerse. Pero eso es una decisión (ética) del que obra y no incide en la estructura ética del mundo, que sigue siendo irracional; esto es, radicalmente escindida entre hechos y valores.

En ese mundo que es irracional desde el punto de vista ético hay muchas actividades y situaciones vitales en las que los individuos se ven involucrados. Una de ellas es la política. Lo característico de la política para Maquiavelo es que pone en juego el bien colectivo en este mundo, no la integridad moral individual en este mundo ni la salvación del alma en un mundo ultraterrenal⁸. La primacía del bien común genera una tensión con el fin de la integridad moral individual, a la que lleva, en caso de tener que elegir entre ambas, a un segundo plano. Ahí radica su diferencia con la ética clásica occidental, que –como se ha dicho– no ve contradicción entre la consecución del bien individual y la del bien común, aun cuando entre la vertiente aristotélico-ciceroniana y la judeo-cristiana haya diferencias en cuanto al peso último que otorgan al bien común⁹. En la medida en que ambos –bien individual y bien común– son buenos, no pueden ser contradictorios. Para la ética clásica, la contradicción sólo cabe entre el bien y el mal. Para Maquiavelo, en cambio, sí hay contradicción posible entre el bien y el bien, precisamente porque el mundo es éticamente irracional.

Bien colectivo y bien individual

¿Por qué hay tensión entre bien colectivo y bien individual en la ética política de Maquiavelo? Conviene recordar que la política para el autor de *El Príncipe* es una actividad terrena que busca el bien colectivo en un

⁸ *Se ha dicho que la ética política está edificada, básicamente, por Maquiavelo y Weber. Entre ellos, sin embargo, hay diferencias que merecen ser reseñadas. Ambos parten de la irracionalidad ética del mundo, pero Weber estudia el fenómeno explícitamente, al punto de que le otorga una denominación específica, mientras que Maquiavelo simplemente constata que históricamente acciones malas trajeron el bien y viceversa. La diferencia más importante se encuentra en el modo de entender por qué la política es un asunto de ética colectiva y no sólo ni principalmente de ética personal. Para Maquiavelo se debe sobre todo a que la política se encarga del bien común, lo cual significa bien de la comunidad política, del colectivo, aunque no implica que sea el bien de todos los miembros de la comunidad, pues el florentino admite el conflicto interno de intereses e incluso lo ve como positivo por la vitalidad civil que genera. Weber, en cambio, al no definir la política por los fines que busca sino por los medios con que opera, deja de lado la noción de bien común. En este sentido, Weber rompe más fuertemente con la tradición aristotélica, que definía la especificidad de la política por los fines que buscaba (el bien común), tradición en la cual, en ese aspecto, todavía se situaría Maquiavelo. Para Weber, entonces, la política exige proceder con una ética colectiva porque es la única actividad social que toma decisiones obligatorias para toda la comunidad, apoyada en el monopolio de la violencia legítima.*

⁹ *Para la ética aristotélico-ciceroniana, el fin último del hombre está en este mundo, y consiste en ser buen hombre y buen ciudadano, elementos que se suponen mutuamente. Para la ética judeo-cristiana, especialmente en su versión tomista, en el mundo terrenal hay un bien no último sino parcial. El bien último del hombre está en el mundo ultraterrenal.*

mundo irracional desde el punto de vista ético. De la combinación de estos elementos, que define a la política como actividad, se desprende que el carácter ético de la conducta política se encuentre en las consecuencias de los actos para la sociedad y no sólo en el carácter bueno o malo del hecho en sí mismo y su impacto en la integridad moral individual. El sentido de la acción no está al comienzo, en la decisión política, sino en toda la situación que desencadena la acción y especialmente al final, en las consecuencias que esa decisión trae.

El que toma una decisión política está obligado éticamente a pensar no sólo qué valor está informando la decisión que toma y cómo repercute en su propia integridad moral, sino qué valor saldrá favorecido en la sociedad por el resultado de la combinación única de la decisión con el contexto en el cual se da. En la medida en que las consecuencias pueden ser paradójicas respecto de la intención inicial, no toda acción buena redundará en el bien. Esto lleva a no absolutizar sino a relativizar los valores, porque lo bueno no lo es siempre en todo tiempo y lugar, sino relativo a las circunstancias y a las consecuencias que produzca. Así, puede verse obligado a tener que hacer un mal para conseguir un bien. Eso supone un precio en términos de integridad moral individual.

La irracionalidad ética del mundo es el elemento último distintivo de la ética política de Maquiavelo, especialmente por la innovación que representa en la tradición del pensamiento occidental acerca del problema entre ética y política, la cual había entendido el mundo en términos de racionalidad moral. No obstante, lo decisivo en Maquiavelo para entender que el político no puede rehuir el mal es la combinación de la irracionalidad ética del mundo con la primacía del bien común como fin y la terrenalidad de la actividad política. Ninguno de estos rasgos por sí mismos determinan la justificación del mal, sino que es la combinación de los tres la que permite hacerlo.

En efecto, la irracionalidad ética del mundo es necesaria, pero no suficiente, para determinar que el mal forma parte de la política. Porque la irracionalidad ética del mundo combinada con la búsqueda del bien individual, no colectivo, da un resultado diferente. Como lo que está en juego es la integridad moral de un individuo, éste puede rechazar hacer el mal incluso cuando sabe racionalmente que le lleva a un bien, pues prefiere aceptar el mal de las consecuencias que hacer el mal como tal. Un gobernante no podría, porque su fin es el bien de terceros. Tampoco la terrenalidad por sí sola explica que la justificación del mal tenga lugar en la ética política de Maquiavelo. Las reflexiones de Aristóteles y Cicerón, pilares de una vertiente de la ética clásica, a la que la de Maquiavelo se contrapone, son terre-